

cos, devastaron y saquearon sin compasión todo el ducado de Posen. Napoleón dirigió graves cargos al mariscal Ney, que mandaba á los wurtembergueses, y al príncipe Eugenio, que mandaba á los de Baviera; trató muy duramente al príncipe hereditario de Wurtemberg, que mandaba sus propias tropas, y clamó sobre que le iban á atraer una guerra de Portugal con talar los países que el ejército atravesaba. ¿Qué sería cuando se hallara en los países ya devastados por el enemigo?

Aunque tal vez hubiera algo que censurar en la conducta de los jefes que motivaron sus reprensiones, tenían una excusa de hacer valer en la longitud de las marchas á que necesitaban dar cima, y para las cuales apenas había sido bastante el tiempo prescrito aunque largo. Viniendo el príncipe Eugenio con los italianos y los franceses desde Verona y con los bávaros desde Augsburg, y el mariscal Ney desde Maguncia con la mayor parte de sus tropas, hubieron de pasar trabajos para satisfacer las necesidades de su gente, y no pudieron conseguirlo sino á costa de los países por donde habían cruzado. Sus apuros se acrecentaron sobremanera de resultas de la numerosa artillería con que Napoleón les había provisto, y más que nada de resultas de los enormes carros para la conducción de víveres. Juzgóse que la especie de carro destinado á substituir el antiguo cajón de infantería, era harto pesado para las fangosas llanuras de la Lituania, y se preferían los carros ligeros llamados de violín. Abandonábanse, pues, los primeros y se reemplazaban con los segundos, al menos en cuanto se podía. Cargando el mariscal Davout con mucha responsabilidad por su parte, ya había mandado construir carros de violín en cantidad grande y á mayor abundamiento sirvióse de carros del país, mediante el oportuno pago. Aún se tocaron otros desengaños. Los bueyes, con que se probó á reemplazar los caballos, no ofrecían al parecer tantas ventajas como se creyó en el principio: eran difíciles de herrar, difíciles de conducir; por consecuencia de su aglomeración, contraían enfermedades peligrosas, y así venían á ser un alimento muy mal sano, cuando se destinaban á este uso. Por último, los batallones del tren, tropa especial, encargada de un trabajo ingrato y peligroso en los países que había de cruzar, fueron llenos de reclutas apenas formados y que apenas tenían aún las cualidades de su arma. De consiguiente ya había no pocas ilusiones reconocidas por tales, ora en el valor, ora en la extensión de los medios imaginados por Napoleón para vencer el grande obstáculo de las distancias. Una porción de carros retrasados, procedentes unos de Italia, otros del Rhin, obstruían los caminos de Alemania, abrían hondos carriles en ellos, ó se llenaban de numerosos caballos muertos como destinados muy jóvenes á un servicio tan duro. Suplidos eran con los caballos que se tomaban á los naturales, dándoles bonos contra Prusia en pago. Por lo demás, se lisonjeara con que un alto de algunos días junto al Niemen permitiría que esta larga fila de carros llegase y diese principio detrás del ejército al servicio de víveres, según se tenía dispuesto. Por fortuna, la excelente navegación de Frische-Haff, organizada por el mariscal Davout, debía bastar al transporte de los almacenes generales del ejército hasta el Niemen, pues hasta allí no los hubiera podido transportar por tierra ninguna fuerza viva.

Tumulto inaudito presentaba la ciudad de Thorn, donde Napoleón llegó el 2 de junio, después de emplear cuatro días en visitar á Glogau, Posen y los puntos intermedios. La juventud más elegante de entonces, perteneciente á la moderna y á la antigua nobleza, había querido esta campaña, cuyo peligro avaloraban no más que los hombres sesudos, bien que, ejecutada á la vista de Napoleón y con inmensos recursos, prometía á los espíritus ligeros las más brillantes victorias y las más espléndidas recompensas. A oír á esta juventud aturrida, se caminaba á segurísimos triunfos, se iba á conquistar las capitales del Norte y aun quizá del Oriente, á visitar como vencedores á San Petersburgo, á Moscou, y quién sabe cuántos otros puntos. Para estos viajes maravillosos se habían provisto de ricos equipajes, y era grande el número de viajeros. Efectivamente, además del estado mayor de Napoleón, había el del mayor general Berthier, el del rey Murat, el del rey Jerónimo, el del príncipe Eugenio, y los de los mariscales Davout, Ney, Oudinot, etc.; había ayudantes de campo de ayudantes de campo, pues los oficiales del emperador tenían á sus órdenes otros oficiales. Estando destinado el cuartel general á centralizar bajo la mano de Napoleón una porción de servicios, comprendía por sí solo muchos miles de hombres, muchos miles de caballos y una prodigiosa cantidad de carros. Esta confusión se acrecentaba con la diversidad de naciones y de idiomas, pues se hablaba al mismo tiempo francés, alemán, italiano, español, portugués, á habitantes que no sabían más que polaco. Así llegó á un exceso espantoso aquel sistema militar y pomposamente monárquico creado en torno de Napoleón, y esto en el instante en que se necesitaba más que nunca ir equipados á la ligera. A Napoleón ensordeció é irritó el tumulto de Thorn, alarmándole los apuros que la afición al lujo de unos y la previsión de otros iban á multiplicar en su camino. Órdenes rigurosos expidió para aligerar lo posible la carga que al parecer se echaban encima con gusto. Hizo diversos reglamentos sobre el número de carros que, según su categoría de rey, de príncipe, ó de mariscal, podía llevar cada uno; dividió su cuartel general en grande y pequeño: uno que debía seguir á distancia el teatro movible de las operaciones militares, y otro más ligero, compuesto de algunos oficiales y de algunos objetos indispensables, destinado á seguirle á todas partes y á dormir con él cerca del enemigo. Redujo los estados mayores de los reyes y príncipes que servían bajo su mando, y obligó á retroceder camino á una tropa de diplomáticos que los monarcas aliados suyos eligieron entre los más perspicaces de su carrera para que siguieran al grande ejército y les tuvieran al corriente de los sucesos todos. Napoleón esmeróse en segregar estos testigos, tan molestos por su curiosidad como por su aparato, y prohibióles acercarse al cuartel general en un radio de veinte leguas.

Después de estas severidades muy razonables, bien que inútiles de allí á poco relativamente á los estados mayores, ocupóse en limitar los transportes del ejército á lo estrictamente necesario. No queriendo llevar consigo más que los víveres indispensables para los hombres y para la caballería, decidió poner al verde á todos los caballos de tiro, no más que harina ó pan quiso que llevaran los carros, para cada cuerpo destinó un nú-

mero fijo de ellos, y además cierta cantidad de ganado para matarlo á cada jornada. De esta suerte esperaba que para vivir no se desbandarían de noche, y que todos marcharían agrupados en rededor de su bandera. Para el 6 de junio fijó el movimiento del Vístula al Niemen. Formando el rey Jerónimo la derecha, con los sajones á las órdenes de Reynier, con los polacos á las de Poniatowski, con los wurtembergueses bajo su mando directo, debía adelantarse por Pultusk, Ostrolenka, Goniondz, sobre Grodno. Sólo Reynier, desviándose algo de esta dirección hacia la derecha, estaba encargado de remontar el Bug, para dar la mano á los austriacos. Formando el centro el virrey Eugenio con los bávaros á las órdenes de Saint-Cyr, con el ejército de Italia bajo sus órdenes inmediatas, debía partir el 6 de Soldau, donde se había dirigido al salir de Plock para pasar por Ostelsburgo, Rastenburgo, Oleskow y desembocar en el Niemen por las cercanías de Prenn, cruzando así las más tristes provincias de Polonia. Los mariscales Oudinot, Ney, Davout, la guardia, componiendo la izquierda del ejército y su masa más importante, debían remontar los caminos de la Vieja Prusia, adelantarse paralelamente, bien que por diversas vías, de manera de no estorbarse unos á otros y de llegar á las márgenes del Niemen desde Tilsit á Kowno: Ney, pasando por Osterode, Schippenbeil, Gerdaun: Oudinot por Marienwérder, Liebstadt, Eylau, Vehlau: Davout por Elbing, Braunsberg, Tapiaw. Orden tenían la guardia y los parques de mantenerse á retaguardia, y á cierta distancia, con el fin de evitar acumulaciones. Con su habitual profundidad en combinar había calculado Napoleón que, siendo el cuerpo del mariscal Davout el que estaba más á la izquierda y á causa del recodo que forma el Vístula partiendo de Bromberg hacia el Norte, se hallaría más cerca de Koenigsberg y en aptitud de hacer frente al enemigo con noventa mil hombres, si contra todas las verosimilitudes tomaban los rusos la iniciativa. Contaba con que del 15 al 16 de junio estarían todos sus cuerpos en línea á lo largo del Niemen, y que, con tres ó cuatro días de descanso, ya podrían el 20 entrar en operaciones. Después de expedir sus últimas órdenes y de ver partir las excelentes tropas del mariscal Ney, y de inspeccionar en Marienwérder las de Oudinot que no eran menos hermosas, dirigióse por Marienburgo á Dantzick, donde tenía que examinar muchos objetos y que platicar además con sus lugartenientes Davout y Murat, pues ya hacía dos ó tres años que no se hallaba con uno ni otro.

En Marienburgo, junto al Vístula, fué donde Napoleón vió al mariscal Davout á la hora en que éste iba á partir para Koenigsberg á tomar la cabeza del movimiento. No fué la acogida conforme á la antigua confianza que siempre tuvo Napoleón en el gran talento y sólido carácter del mariscal ilustre. Indicadas merecen ser las causas de semejante resfriamiento.

Acababa el mariscal Davout de ejercer un vasto mando. Fuera del cuidado de bloquear todas las costas del Norte, fiado no menos á su probidad que á su severidad, tuvo el encargo de organizar el ejército y lo desempeñó con una superioridad, que, aparte Napoleón siempre, no pertenecía en aquella época más que á él y al mariscal Suchet. Hasta trescientos mil hombres tuvo á sus órdenes á un mismo tiempo, y gracias á los

admirables cuadros y á una aplicación constante, convirtiéndolos, no en soldados hechos que supieran marchar, alimentarse y combatir, sino en reclutas bien instruídos, notables por su perfección en las maniobras, y atrevidos como la juventud. Por lo que hace al cuerpo de Davout propiamente dicho, compuesto de los más veteranos de Europa en gran parte, formado actualmente de cinco divisiones, y presentando con la artillería y la caballería un ejército de cerca de noventa mil hombres, jamás se había visto en el mundo nada más excelente. Todo estaba allí calculado bajo el aspecto del equipo, del armamento, de la subsistencia, para ir á las extremidades de Europa. Además de sus municiones de guerra y sus útiles de campamento los soldados del primer cuerpo llevaban víveres para diez días en sus morrales, y como á menudo el soldado arroja sus provisiones por los caminos, prefiriendo esperar la subsistencia del acaso á llevarla á la espalda, cada uno de ellos tenía que dar cuenta todas las noches de sus víveres como de sus armas. Además del alimento para diez días en los morrales de los soldados, para otros quince los llevaban los convoyes, y aun habiéndose tomado para la guardia una parte de los medios de transporte preparados para el primer cuerpo, la previsión de su jefe suplió al punto esta falta. Un ganado de bueyes fiado á soldados formados en este servicio y yendo detrás de los regimientos, suministraba últimamente un almacén movible de carne. Tal fué la organización dada por el mariscal Davout al cuerpo de ejército de su mando. Además tuvo que reunir el gigantesco material de un ejército de seiscientos mil hombres, consistente en mil ochocientas bocas de fuego con municiones para dos campañas, en seis trenes de puentes, dos parques de sitio, un gran parque de ingenieros, y los vastos almacenes de Dantzick, de Elbing, de Braunsberg.

El mariscal Davout había ejecutado estas cosas fuera de proporción con todas las conocidas de igual clase, siguiendo las órdenes de Napoleón, bien que modificándolas cuando era necesario según su propia experiencia, según las circunstancias locales, y sin temor de suplir ó de corregir á su soberano. Si obrando de esta suerte complacía ó desagradaba, si sus émulos calumniaban su actividad incansante y algún tanto dominadora, cosas eran en que el mariscal Davout no había parado mientes. Por desgracia tenía cerca de Napoleón un enemigo secreto y peligroso, y era el mayor general Berthier. Éste quedó inconsolable por acusársele de haber comprometido el ejército en 1809, al par que al mariscal Davout se atribuía el mérito de haberlo salvado: además le envidiaba por el talento algo análogo al suyo, pues además de ser Davout un tremendo general de combate, fuera junto á Napoleón un jefe de estado mayor consumado, de tener un poco menos de aspereza. Por estos motivos poco dignos de su carácter y renombre, el príncipe Berthier, que con la edad vino á ser de mal humor y desconfiado, ponía de relieve ante Napoleón las más mínimas resistencias opuestas por el mariscal Davout á las órdenes imperiales, y si algunos detalles no correspondían al plan general concebido desde lejos, lo cual debía suceder á menudo, provocaba una carta severa en su contra. Por un fatal conjunto de circunstancias, los polacos, en demanda de un rey para el caso próximo de ser reconstituídos, viendo al medic-

cre Bernadotte elegido príncipe heredero de Suecia, pensaron en el príncipe de Eckmühl, porque hallaron en su probidad, en su firmeza, en su genio organizador, prendas venturosamente elegidas para crearles una monarquía militar del todo, y hasta en su severidad taciturna un correctivo útil de su carácter bravo, brillante, bien que ligero. Después de pensarlo, dijéronlo y repitieronlo en sus salones de Varsovia hasta el punto de ser oídos en las Tullerías; y ofuscado Napoleón por la tentativa monárquica ensayada en Portugal, más ofendido aún por la tentativa monárquica ensayada y realizada en Suecia, pareciéndole que sus lugartenientes se hacían demasiado ambiciosos en su escuela, conjeturando que un grito espontáneo de los pueblos podía hacer sin intervención suya un rey de uno de sus lugartenientes y que por tanto no le debería su encubrimiento, concibió desagrado sumo de resultas de esta disposición de los polacos, y achacó la culpa al mariscal Davout, que lo ignoraba y no se cuidaba de tal cosa. Noble este mariscal de cuna, experimentó cierta especie de asombro al verse nombrado príncipe de Eckmühl, y no consideró esta grandeza prestada más que como una renta accidental, que economizada cuerdamente por una esposa previsora, proporcionaría un bienestar seguro á sus hijos. Viviendo siempre en las llanuras del Norte y en medio de sus soldados, hasta el punto de no estar durante diez años en París más que tres meses, exclusivamente ocupado en su oficio, taciturno, duro consigo tanto como con los demás, pertenecía al corto número de sus compañeros de armas que no se habían embriagado con el opíparo banquete de la fortuna. Sin indagar Napoleón la verdad de plano, hallando por dondequiera á orillas del Vístula la huella de una profunda obediencia al mariscal Davout, movida por su voluntad una inmensidad de cosas y su nombre en boca de todos, mostróse no celoso (¿de quién podía estarlo?), sino cansado de una importancia á que había dado vida; oyó de buen grado á los que, juntamente con Berthier, decían que este mariscal lo hacía todo, lo ordenaba todo, y en todo obraba á lo señor mientras podía obrar á lo rey; prestó oídos á los que tachaban de ambición su voluntad activa, de orgullo su gravedad severa, de segunda intención su taciturnidad de costumbre. Con frialdad recibió al mariscal y en muchas ocasiones dió la razón á Berthier en su contra. No hizo alto en ello el mariscal, acostumbrado como estaba á los arranques de Napoleón, atribuyendo su renovación más frecuente á una irritabilidad que crecía con los años, con las fatigas, con los desvelos, y corrió á Koenigsberg á prepararlo todo ante los pasos del ejército y superar las dificultades de una empresa, que en su buen sentido hubiera calificado de insensata, si su voluntad vigorosa no se hubiera doblado á la más cabal obediencia. No obstante, su gran valimiento había pasado. ¡Así Lannes había muerto, Massena estaba en completa desgracia, Davout á los principios de ella! ¡Así Napoleón inconstante respecto de sus lugartenientes, como lo iba á ser en breve respecto de su persona la fortuna, anticipaba para ellos los caprichos de esta versátil deidad y sembraba de muertes y desgracia el fatal camino que muy pronto le iba á arrastrar á una caída espantosa!

Llegado Napoleón el 7 de junio á Dantzick, encon-

tró allí á otro de sus lugartenientes, á Murat, menos venturoso con ser rey que Davout con no pasar de simple jefe de ejército.

Este príncipe, según hemos tenido ocasión de manifestar varias veces, bueno pero inconsecuente, capaz de ser desleal por orgullo, por ambición, por mal consejo, siempre el más brillante de los jinetes, el más temerario de los héroes, había inspirado á Napoleón tales desconfianzas de resultas de algunas comunicaciones marítimas con los ingleses, que el general Grenier recibió órdenes, como ya se ha visto, para estar pronto á marchar sobre Nápoles. El emperador, que no temía en Murat más que la ligereza, le había llamado al ejército ante todo por tener á su disposición al mejor general de caballería del siglo, y además por tener bajo su mano un pariente que cerca sería siempre sumiso y adicto, y lejos se abandonara al acaso de todas las gestiones. A la simple indicación de esta voluntad, apresuróse Murat á correr al cuartel general para servir á las órdenes de su cuñado y volver á tomar el mando de siempre, el de la reserva de caballería. Con el fin de evitar la inconsecuencia de sus dichos, no quiso que fuese á Dresde, y le ordenó marchar al Vístula en de-rechura. Cansado, enfermo, se detuvo Murat en Berlín, donde fué resarcido de los rigores de su soberano con las fervientes atenciones de la corte de Prusia. Al verle Napoleón en Dantzick, pálido, desmejorado, sin su habitual buen semblante, preguntóle bruscamente qué tenía, y si no estaba contento con ser rey. «Señor, respondió Murat, no lo estoy mucho. Ni á vos ni á vuestros hermanos os hice reyes, repuso Napoleón con dureza, para que reinéis á vuestro modo, sino al mío, para perseverar en ser franceses sobre troncos extranjeros.» Vencido Napoleón tras estas palabras por la hombría de bien de Murat, y no siendo duro sino por arrebatos, volvióse á tratar con aquella familiaridad, desigual como las circunstancias, si bien agradable y avasalladora, que siempre hallaban cerca de él sus lugartenientes. También halló allí al gobernador Rapp, que le había desagradado con algunos informes sinceros sobre el estado de Polonia y con algunas facilidades sospechosas otorgadas al comercio de Dantzick, pero á quien perdonaba en gracia de su prodigiosa bravura y de su espíritu original é ingenuo. Allí pasó muchos días con Berthier, Murat, Caulaincourt, Duroc, Rapp, ocupado en inspeccionar las fortificaciones de una plaza que tan importante papel debía representar en esta guerra; en visitar los almacenes y los puentes del Vístula, rectificando, completando cuanto se había hecho, con un golpe de vista que nada igualaba cuando tenía delante las cosas, y platicando, luego que lo riguroso del calor en aquella estación y aquellas latitudes le obligaba á retirarse á su alojamiento, con sus compañeros de armas familiarmente, y mostrándose más persuadido que lo estaba de la utilidad de una guerra, que ellos tenían de una manera profunda. De Dantzick se dirigió á Elbing, de Elbing á Koenigsberg, para ocuparse en los medios de navegación interior que debía transportar sus vastas provisiones del depósito de Dantzick al mismo seno de las provincias rusas.

Ya el mariscal Davout había organizado esta navegación de orden suya. Aún la perfeccionó Napoleón, y por sí mismo dispuso los últimos aprestos. Para com-

prender la utilidad de ella bastaba dar una ojeada á la configuración de estas comarcas. Dividido en dos, á semejanza de todos los ríos caudalosos, el Vístula cerca de su desembocadura por efecto de los hundimientos que cortan y separan su curso, lanza uno de sus brazos hacia Dantzick y otro hacia Elbing. Éste desemboca en una vasta laguna, que se llama el Frische-Haff y que separa del Báltico una lengua de tierra, con una abertura en Pillau tan sólo, y que va á recibir el Prégel hacia Koenigsberg. Siguiendo los dos brazos del Vístula los convoyes de barcos procedentes de Dantzick, y penetrando en el Frische-Haff, podían arribar hasta Koenigsberg á la vela. Ya era ésta una gran travesía por agua. Desde Koenigsberg se debía remontar el Prégel hasta Tapiau; desde Tapiau á Labiau, otro río, el Deime, podía abrir paso á barcos de menos porte y hacerlos llegar á otra laguna, la de Curische-Haff, que se extiende hasta Memel. Por una vía más corta facilitaba el canal de Federico desembocar en el Niemen junto al mismo Tilsit. Después se debía remontar este río hasta Kowno, y allí entrar en el Wilia. Este río, navegable hasta Wilna, permitía rematar por agua, es decir, por un medio de transporte que admite toda clase de carga, una travesía total de cerca de doscientas leguas. El coronel Baste, este jefe de los marinos de la guardia, ya señalado en Bailén y junto al Danubio, tan intrépido por mar como por tierra, y dotado además de una actividad infatigable, fué encargado de dirigir esta navegación, que, comenzando en Dantzick, pasando por el Vístula, el Frische-Haff, el Prégel, el Deime, el Curische-Haff, el Niemen, el Wilia, no terminaba hasta Wilna. Debía juntar los barcos, adaptarlos á cada corriente, evitar cuanto fuera posible los transbordos, organizar, finalmente, los medios de conducción para suplir la vela, cuando se alejaran del mar, ora con caballos, ora con gentes del país colocadas de trecho en trecho y oportunamente retribuidas. Se le fió igualmente la defensa del Frische-Haff, y del Curische-Haff y se le dieron para este uso dos batallones de marinos de la guardia imperial, que debían ocupar estas vastas lagunas con lanchas cañoneras fuertemente armadas.

En seguida Napoleón dedicó sus desvelos á las plazas de Dantzick, de Pillau, de Koenigsberg. Dentro de todas había sajones ó polacos tan seguros como franceses, badenses que no lo eran tanto, pero marinos y artilleros exclusivamente franceses. En Dantzick se hallaban los depósitos de la guardia y del mariscal Davout. Con unos y con otros, independientemente de las fuerzas dejadas en las obras, se podía formar una división movable de ocho mil hombres en Dantzick y de seis mil en Koenigsberg, las cuales, comunicándose por medio de la caballería, siempre estarían en aptitud de juntarse á tiempo contra un ataque imprevisto. Habiéndose asegurado Napoleón por sus propios ojos de la ejecución de sus órdenes, prescribió la inmediata partida del primer convoy compuesto de veinte mil quintales de harina, dos mil quintales de arroz, quinientas mil raciones de galleta y todo el material de seis trenes de puente, de cuyo portomenor ya hemos dado noticia, y cuya dirección superior tenía el ilustre general Eblé á su cargo. Igual cantidad debía llevar el segundo convoy de harina, de arroz y de galleta, y además avenas y municiones de artillería. Harinas debían llevar los siguientes, rara vez

granos, á menudo vestuario y uno de los trenes de sitio, el destinado al ataque de Riga.

Mientras se encaminaban al Prégel y al Niemen estos convoyes, atendió Napoleón á los hospitales, y los hizo organizar entre Koenigsberg, Braunsberg y Elbing para veinte mil enfermos. Habiendo dedicado á estos objetos diferentes la primera quincena de junio, aprestóse al cabo á comenzar esta formidable y célebre campaña, á la cual convenía hacer que precedieran ciertas diplomáticas formalidades. Antes de dirigirse á orillas del Niemen las dedicó algunos momentos.

Se le había unido el duque de Basano y llevóle noticias de Suecia, que se aguardaron en Dresde sin fruto. Al día siguiente de la salida de Napoleón de esta capital llegó á ella Mr. Signeul de Estokolmo con un mensaje del príncipe real. Astuto éste hizo una comunicación doble, una oficial por conducto de los ministros acreditados en Suecia y destinada á todas las cortes, otra profundamente secreta, transmitida á Mr. Signeul muy en confianza y dada en respuesta á las aberturas de que la princesa real había sugerido la idea. Fría, altanera la comunicación oficial anunciaba el designio de permanecer neutral entre las potencias beligerantes, lo cual era ya una infracción de las obligaciones contraídas en el último tratado de paz respecto de Francia. Decía que los verdaderos enemigos de Suecia eran los que atacaban la independencia del Norte de Europa; que bajo este aspecto Rusia aparecía á la sazón más amenazada que amenazadora; que por esta razón, si no iba en su ayuda, tampoco se pronunciaba en su contra, que á mayor abundamiento se ofrecía á terciar en el asunto, y hacer que Rusia aceptase la mediación de Suecia, si Francia quería la paz sinceramente. En lo ridículo tocaba esta pretensión de mediar entre dos potentados tales como Napoleón y Alejandro; pero era consecuencia forzosa de los compromisos contraídos por el tratado de 5 de abril con Rusia. Por lo que hace á la comunicación secreta, tan infiel Bernadotte á su nuevo aliado como á su antigua patria, repetía que ya nada tenía que ver con Finlandia, pues, codiciada siempre por Rusia, pondría á Suecia en conflicto perpetuo con esta potencia; que la indemnización natural de Finlandia era la Noruega, provincia destinada por su situación á ser sueca, mal incorporada á Dinamarca, de la cual la separaba el mar, al paso que formaba con Suecia un solo todo y constituía, por decirlo así, la mitad de ella; que esta preciosa conquista se debía proporcionar á Bernadotte para su advenimiento al trono; que en la Pomerania sueca estaba indicada la compensación que se debía ofrecer á Dinamarca, cuya importancia después de todo no era tan grande que hubiera por qué inquietarse mucho de su aquiescencia; que, finalmente, para equipar un ejército no podía Suecia prescindir de un subsidio; que la facultad de introducir géneros coloniales en el continente, evaluada en veinte millones, sería ilusoria, no pudiendo menos de echar de ver las causas de esta introducción los ingleses, y debiendo de tratar de impedir la muy luego. Bajo estas dos condiciones de la Noruega y de un subsidio efectivo de veinte millones, ofrecía el príncipe real unirse á Francia por un tratado, violando sin duda el celebrado en abril con Rusia.

Al oír Napoleón esta comunicación llevada por monsieur de Basano, abandonóse á un violento acceso de

cólera. ¡Miserable, exclamó muchas veces, me propone una traición respecto de Francia! Habla de Noruega, del interés de Suecia en poseer esta provincia, y olvida que el principal interés de Suecia consiste en reducir el poderío de Rusia, que la devorará tarde ó temprano; que si Finlandia la pone con Rusia en colisión forzosa, es porque Finlandia la cubre y descubre á Rusia, que el reposo adquirido momentáneamente con este tremendo vecino de resultados del abandono de Finlandia será perturbado más tarde, cuando Rusia necesite del Sund, y que en un día de hielos podrán plantarse los soldados rusos de las islas de Aland en Estokolmo; que esta es la única ocasión de abatir á Rusia, y desperdiciada no volverá á presentarse, porque no se verá dos veces á un guerrero como yo marchando al frente de seiscientos mil soldados contra el formidable imperio del Norte... ¡Miserable!, repitió Napoleón muchas veces, falta á su gloria, á Suecia, á su patria; no merece que me ocupe de su persona; no quiero que nadie me lo nombre, y prohibo que se le dé respuesta alguna, ni oficial, ni oficiosa. Ya más tranquilo después de este primer arrebato, persistió, no obstante, en dejar sin respuesta á Mr. Signeul, que para aguardar las determinaciones del gabinete francés se había dirigido á los baños de Bohemia.

Aunque muy honrada y casi forzosa por la dificultad de inclinar á Dinamarca á ceder la Noruega, era muy de sentir esta resolución, pues treinta ó cuarenta mil suecos, amenazando á San Petersburgo en vez de amenazar á Hamburgo, podrían cambiar el desenlace de esta guerra. Quizá, ofreciendo indemnizaciones á Dinamarca, aunque fuera necesario buscarlas, no sólo en la Pomerania sueca, sino en los departamentos anseáticos, se la hubiera podido reducir á satisfacer á Bernadotte; pero la irritación y la confianza en sus propios recursos no permitieron á Napoleón ni siquiera pensar en tal cosa.

El segundo asunto diplomático en que necesitaba ocuparse era relativo á la declaración que debía ser publicada al empezar la guerra. Ahora ya no se trataba de saber si Rusia tomaría ó no tomaría la iniciativa de las hostilidades. Cerca del Niemen estaba con cuatrocientos mil hombres, sin contar doscientos mil dejados en reserva, y no había por qué inquietarse de lo que hiciera aquella corte. Tampoco se trataba de adormecer á Alejandro, sino de descargar sobre él la responsabilidad de esta guerra. Mr. de Lauristón, encargado de solicitar la venia para dirigirse á Wilna y detener algunos días más á Alejandro, no había podido contestar todavía. Si, por ejemplo, se llegara á saber que su petición de trasladarse cerca de Alejandro había sido desatendida, hallábase en esta negativa un excelente pretexto para ordenarle que tomara sus pasaportes; pero se ignoraba del todo. Sea como quiera, se necesitaba un motivo, pues ya era el 16 de junio y del 20 al 25 había precisión de pasar el Niemen, y de hallar antes algún motivo para una ruptura inmediata: con el fin de hacerlo de una manera decorosa, con su fecunda sagacidad ideó Napoleón uno poco sólido, pero especioso, bastante especioso, para engañar hasta á varios historiadores, y esta razón era que, habiendo exigido Rusia como preliminar de toda negociación la evacuación del territorio prusiano, había querido imponer á Francia una condición humillante. Mas aquí había una inexactitud radical. Rusia

había reclamado la evacuación, no como condición previa, sino como consecuencia fija de cualquiera negociación que se entablara sobre los asuntos cuestionados. Descuidóse esta distinción y se resolvió sostener la condición previamente exigida de llevar á Napoleón del Niemen al Vístula y hasta el Elba, era un ultraje que no podía soportar Francia; que se había cuidado de mantener esta condición secreta, para evitar darse por ofendido de ella, pero acababa de divulgarse, empezaba á ser conocida por todo el mundo, y dejando de permanecer la ofensa oculta, no podía ser sufrida, y debía producir la guerra inmediata. Decláse que á esta ofensa se juntaba una especie de provocación reiterada del príncipe Kourakín, que había pedido sus pasaportes á Mr. de Basano la víspera de la partida de éste, volviéndolos á solicitar posteriormente con insistencia. Forzoso es convenir en que esta condición de evacuar el territorio prusiano, conocida apenas por algunas personas bien enteradas, y significando solamente la evacuación después de haberse entendido, y en que la petición de los pasaportes hecha por el príncipe Kourakín, retirada al principio, renovada luego cuando se vió en París solo, sin comunicación con ningún ministro, no eran de aquellas ofensas insoportables, por las cuales está obligada una nación á derramar toda su sangre, y que en todo caso Napoleón había emprendido contra los demás hartas cosas para que á su vez se mostrara un poco sufrido. Pero urgía un pretexto plausible, y á falta de otro mejor adoptó Napoleón éste. Por consecuencia ordenó á Mr. de Lauristón que tomara inmediatamente sus pasaportes, bajo pretexto de que, habiéndose hecho pública la pretensión de hacernos evacuar la Prusia, no podía ser tolerado el ultraje; y en el supuesto de que Mr. de Lauristón se hubiese tal vez dirigido ya á Wilna (lo cual anulaba absolutamente la idea de que la negativa á la admisión en este punto ocasionara las hostilidades), se le recomendó que antes del 22 no presentara la petición de los pasaportes, proponiéndose Napoleón pasar el Niemen del 22 al 23 de junio. Advirtiéndose al mismo tiempo que el despacho que se le enviaba el 16 desde Koenigsberg llevaría fecha más antigua, siendo desde Thorn y del 12, para que al entregárselo á los rusos se persuadieran de que aún se hallaba Napoleón distante, y menos en aptitud de obrar que lo estaba realmente. Despachóse, pues, á Mr. de Lauristón desde Koenigsberg un correo con las órdenes y las instrucciones de que acabamos de dar noticia (1).

(1) Fíandose Mr. Fain para su manuscrito de 1812 de los datos del duque de Basano, que fué su informador principal, é ignorando muchos despachos que no le fueron comunicados, pertenece al número de los historiadores que han representado á Napoleón como conducido á la guerra á pesar suyo, y después de apurar todos los medios para evitarla. A sus ojos las misiones dadas sucesivamente á Mr. de Narbonne y Mr. de Lauristón no tuvieron otro objeto que precaver la ruptura con Rusia, y, sin embargo, el mismo texto de los despachos prueba irrefutablemente que su único fin se reducía á ganar tiempo, con un interés exclusivamente militar. En cuanto á la condición de evacuar la Prusia y las plazas fuertes del Óder, la toma por ultraje, siendo así que no pedía más que la seguridad de la evacuación ésta, luego de terminada la negociación á gusto de ambas partes. Relativamente á las plazas del Óder, no se pedía que Napoleón las restituyera hasta después de cobradas las contribuciones de guerra, así como la que resultaba del ajuste de 17 de septiembre de 1808. Ultimamente, Mr. Fain hace datar la resolución de romper sólo desde Gumbinnen y el 19,

Llenada esta formalidad diplomática, juzgando Napoleón que el instante de obrar era llegado, partió de Koenigsberg al día siguiente para unirse junto al Prégel á sus tropas, pasarlas revista, y asegurarse definitivamente de si tenían todo lo necesario para entrar en campaña. Diez días de víveres necesitaba proporcionarles solamente para las primeras operaciones, lisonjeándose de ejecutar maniobras decisivas durante este espacio, y no queriendo ser molestado en sus movimientos por la dificultad de subsistencias, dificultad que no existía en Italia y Alemania, donde siempre se hallaban grandes lugares que devorar, pero que era inmensa en Lithuania, donde las más de las veces no se encontraban más que bosques y pantanos. Teniendo sus soldados con que vivir durante diez días, esperaba como en Ulm el año de 1805, en Jena el de 1806, en Ratisbona el de 1809, descargar uno de aquellos golpes terribles, que desde el principio de las operaciones abrumaban á sus contrarios y les desconcertaban para el resto de la guerra. Hasta Tapiau junto al Prégel habían conducido víveres los primeros convoyes por agua: á fuerza de carros era preciso transportarlos hasta Gumbinnen cuando menos, punto bastante cercano á aquél por donde se debía cruzar el Niemen. A partir de este punto con diez días de víveres debíamos llegar al centro de la Lithuania. Para asegurarse Napoleón de este resultado, dirigióse á Insterburgo, donde entró el 17 de junio por la tarde.

Calculado tenía de una manera definitiva en su mente el plan general de las primeras operaciones, y por donde quería pasar el Niemen era por Kowno. Sus miras en esto, vastas como siempre, eran también profundas según costumbre, pues si ha podido tener iguales como táctico sobre el campo de batalla, nunca tuvo superiores ni iguales en la dirección general de las operaciones militares. Para comprender sus razones hay que dirigir una mirada sobre las vastas comarcas que iban á servir de teatro á esta guerra tremenda, la más grande sin duda y la más trágica de los siglos.

Las inmensas llanuras que desde el mar Báltico se extienden hasta el mar Negro y el mar Caspio, son cruzadas á una parte por el Oder, el Vístula, el Prégel, el Niemen y el Dwina, ríos que corren hacia el Oeste, y á otra parte el Dniester, el Dnieper ó Borístenes, el Don, el Volga, ríos que corren hacia el Este, y que compren-

día en que Mr. Prevost, secretario de la legación francesa en San Petersburgo, vino á anunciar la repulsa sufrida por Mr. de Lauristón respecto del deseo que había expresado de dirigirse á Wilna, siendo así que esta resolución, ya muy antigua, fué tomada materialmente el 16 en Koenigsberg, aunque trasladada el 12 por una mentira declarada en la fecha. Añadiremos que hay historiadores, tan sencillos en su odio como Mr. Fain en su idolatría, quienes suponen que, al recibir á Mr. Prevost el 19, abandonóse Napoleón á arrebatos de una cólera burlesca, y no siendo ya dueño de sí mismo, rompió la paz y cruzó el Niemen. Pero los documentos auténticos echan por tierra todas estas relaciones del amor y del odio y fijan el día 16, cuando Napoleón creía por sus cálculos llegado el instante de obrar, como el de la resolución de la ruptura. Napoleón no hizo un solo esfuerzo por la paz, como que deseaba la guerra, si bien al acercarse el momento conocía más el peligro, y no fingió negociar sino para ganar tiempo de llegar al Niemen sin disparar un tiro. Presentándole como víctima se le pone en ridículo pues se le quitan al león su melena y sus uñas y se le convierte en cordero. Se le quita también su fuerza sin darle una masedumbre que no tenía, y de su figura tan grande como original se hace una especie de caricatura. (N. del A.)

den, como es sabido, el territorio de la Vieja Prusia, de la antigua Polonia y de Rusia. En este vastísimo campo era donde Napoleón, que figura entre los guerreros conocidos como el que ha abarcado mayores espacios, pues de Poniente á Oriente fué desde Cádiz hasta Moscou, y del Mediodía al Norte desde el Jordán hasta las fuentes del Volga, iba á intentar vencer con los esfuerzos de su genio, la mayor dificultad de la guerra, la de las distancias, sobre todo cuando no están habitadas ni cultivadas. Las partes inferiores, y por decirlo así, las desembocaduras del Óder, del Vístula, del Prégel, del Niemen, forman el territorio triste, si bien prodigiosamente fértil de la Vieja Prusia. Remontando estos ríos y marchando de Occidente á Oriente, se llega á comarcas más arenosas, menos cubiertas de vegetales donde existen menos cultivo material y moral, menos habitaciones, más selvas y pantanos, donde aparecen en vez de ciudades numerosas, limpias, ricas y protestantes, aldeas católicas, sucias, agrupadas, por decirlo así, en torno de castillos habitados por una nobleza brava y ociosa, y un hormiguero de judíos pululando por todas partes donde hallan que explotar la pereza y la ignorancia de pueblos semibárbaros. Cuanto más se sube, yendo á Oriente, hacia las fuentes del Vístula, del Narew, del Niemen, del Dwina, más se descubren los caracteres que dejamos descritos. Luego que se llega al nacimiento del Vístula y de sus afluentes, del Niemen y del Dwina, para trasladarse á la otra vertiente, esto es, el nacimiento del Dniester y del Dnieper, se halla un terreno, cuya pendiente incierta, no ofreciendo ningún derrame á las aguas, se halla cubierta de pantanos y de selvas umbrías: allí se está en la Vieja Polonia, en la Lithuania, en lo más espeso de aquellas comarcas húmedas, llenas de arbustos, que se cruzan por largas series de puentes echados, no sólo sobre los ríos, sino también sobre los pantanos, y donde los caminos, á falta de piedra que allí no se halla, están asentados sobre lechos de faginas, ó sobre rodillos de madera. Marchando de continuo por esta región hacia el Este se encuentra uno entre las fuentes del Dwina y el Dnieper, que distan como veinte leguas, y así se ocupa una especie de abertura, comprendida desde Witepsk hasta Smolensko, por donde se sale de la Vieja Polonia para entrar en Rusia. Entonces, corriendo más francamente las aguas, desaparecen pantanos y selvas, y se ven delante las llanuras de la Vieja Rusia, en cuyo centro se alza Moscou, Moscou la Santa, como la llama el patriotismo de sus hijos.

Napoleón, con su golpe de vista sin par, descubrió de una mirada, que, procediendo de Occidente, su marcha se debía dirigir á esta abertura, que está situada entre las fuentes del Dwina y del Dnieper, entre Witepsk y Smolensko. Allí están, en efecto, las puertas de Oriente, allí fué donde antiguamente los polacos y los moscovitas, en sus triunfos y en sus derrotas, se detuvieron recíprocamente hasta cierto punto, porque el Dwina por un lado y el Dnieper por otro eran el límite entre Rusia y la antigua Polonia, antes de la partición famosa, desgracia y oprobio del último siglo.

Pero antes de llamar á estas puertas había que atravesar la Vieja Prusia, y la parte recientemente restaurada de la Polonia, que había recibido el nombre de Gran Ducado de Varsovia. La frontera que separaba el Gran